

“El lenguaje de la tierra”

(Brotar – Expandirse – Florar – Morir)

Dramaturgia principal.

Trabajo final de Egreso – Licenciatura en Artes Plásticas y Visuales
Facultad de Artes – Universidad de la República
Pedro Martín Scabino Cabrera

Captatio:

Desde el comienzo, la humanidad, mirando a los suyos a los ojos, contó historias con las más diversas intenciones.

Primero, el hombre de las cavernas, apoyándose tal vez ya en percusión chamánica, se narraba persiguiendo antílopes en el África o rezaba una ceremonia frente al cuerpo de un hermano muerto, antes de ser sepultado.

Mucho mas cerca en la historia, quienes les pusieron el cuerpo a las primeras epopeyas, ilustraban con cuerpo y voz sus hazañas legendarias para transmitir los valores fundamentales y así hacer perdurar estas historias en el tiempo.

Por otro lado, se estima que alrededor de 7000 millones de personas hallan en alguna religión alimento y acomodo para el espíritu; pieza clave para la transmisión de algunas de las historias que nos llegan hasta nuestros días.

Caín, Abel; Adán, Eva, María, Ana, Ruth, Moisés.

Hoy quiero contar una historia bastante menos ambiciosa en cuanto a la perdurabilidad de la misma, una historia que pretende ser espejo, faro y poesía; pero que se conforma con vuestra escucha atenta.

Durante los próximos minutos quiero proponerles jugar a que esta historia es real, aun cuando no lo sea, aun cuando no recuerde lo ocurrido, aun cuando me vea obligado a mentir.

Sobre el dispositivo: dos escritorios, dos puntos de vista, dos hermanos que por momentos podrían dejar de serlo, y varias historias...



“Brotar” (Acto I) – Aparecer o surgir de la tierra.

Según varias teorías, algunas muy antiguas y otras muy recientes, el tambor llega a nuestras manos en busca del sonido primordial. Nuestros ancestros logran emular, tal vez de forma consciente, tal vez por casualidad, ese espacio de confort, el lugar sin carencias, el pulso de la vida, el vientre de mamá.

Todas las culturas tienen en su haber algún tipo de tambor: Los celtas, por ejemplo, tienen el Bodhran. Los mapuches tienen el Cultrún. Los pueblos de oriente tienen la Darbuka.

Los propios indígenas que habitaron estas tierras en el pasado, tenían variedad de tambores. Y -sin ir más lejos- el chico, el repique y el piano, que llegan con gran vigencia hasta nuestros días.

Es el pulso de la vida, el primer ritmo que percibimos todos aun cuando los sentidos no se deslizan por el tamiz de la razón.

Y es a ese momento al que quiero remontarme.

No al momento en el que yo o mi hermana nos encontrábamos en el vientre de mi madre, sino al momento en que mi madre se encontraba transitando su infancia, porque al hablar de ese momento, me hallo hablando de mi mismo.

De mi, y de mis hermanas, pero ya hablaremos de esto mas adelante.

Mi abuela, entonces, a quien llamaremos cariñosamente “China” o “Chinita” se casó con mi abuelo en medio de un estricto luto, su padre había muerto pocas semanas antes, y en ese entonces aquello era lo que había que hacer.

Recuerdo como si fuera ayer, el día que encontramos aquellas imágenes formando parte de un viejo álbum de fotos.

Todas aquellas mujeres, que fueron siempre el motor sensible y cultural de la familia, obedecían el mandato religioso y patriarcal que llegaba a ellas ya diseñado, ya masticado, y que les tocaba a ellas esta vez, digerir.

Cuando le pregunté a la abuela el por qué de aquellas fotos tan diferentes a las que conocíamos, aquellas fotos de atmósfera tan lúgubre que eclipsaban lo que a priori debía ser uno de los momentos más felices de su vida, ella respondió que así debía de hacerse en aquellos casos y añadió además entre otras cosas, que el festejo debió de ser sin gran alboroto para que los vecinos no creyeran que no había dolor.

Para que los vecinos no creyeran que no había dolor.

Quiero detener la mirada en aquellas fotografías para destacar las sonrisas que contrastan de forma poética con los vestidos negros impuestos y esa atmosfera - como decíamos- “Lúgubre”, amplificada por la fotografía en blanco y negro que imperaba en la época.

En aquel hogar compuesto fundamentalmente por el matrimonio de mis abuelos maternos, fuimos criados con mi hermana y con mis primos, mientras nuestros padres trabajaban hasta tarde claro, ya que transcurrían los jóvenes años 2000, y aunque sin carencias, allí nada sobraba.

Y esto último era un privilegio, porque muchos de nuestros amiguitos del barrio o de la escuela no tenían la misma suerte que nosotros.

De aquella infancia con los abuelos pudimos absorber muchísimos valores que nos iban a acompañar (espero) para siempre.

Veíamos a diario y a toda hora, que a aquella casa concurrían muchísimas personas en un acto increíble de fé, buscando algo de alivio; la abuela poseía cierto “don” que parecía curar a las personas con una simple imposición de manos.

Esto era siempre.

No importaba la hora del día, ni el día de la semana que fuera. Muchas veces había que interrumpir otra actividad para cumplir con aquellas personas que acudían y que formaban filas en la puerta de su casa.

El “don” puesto al servicio de la comunidad.

El lugar de aquel “don” puesto al servicio y el lugar del servicio en toda esta historia relacionado a la fuerza que mueve todo y que surge desde lo profundo.

Porque en esta primera parte de la historia, habitando la casa de la abuela, los aprendizajes que pudimos procesar mucho tiempo después, llegaron siempre desde la práctica, desde la empatía genuina, desde los pequeños y silenciosos gestos y no desde los grandes actos de amor donde esta fuerza se revela de forma espectacular, casi como una epifanía.

Porque más allá de la ternura con la que uno recuerda aquel tiempo, o de toda aquella historia del juego, antes y después de la escuela, pudimos también educar nuestros sentidos culinarios, ya que la abuela era -como muchas de sus abuelas- la mejor cocinera del mundo, cosa que ratifico tantísimos años después de la última sopa, del último pan de atún, y del último postre de chocolate.

“Expandirse” (Acto II) – Aprender, desarrollarse, crecer.

Según se puede hallar en la web, existe en la entrada de la N.A.S.A. un letrado que reza lo siguiente:

Y si bien la frase refiere a todas luces, a la evidencia irrefutable de la capacidad humana, me recuerda también los lugares a los que la biología nos condena, los lugares a donde la sociedad y sus prejuicios nos confina y el esfuerzo y el sufrimiento que implica romper con esas ideas claramente impuestas.

Tal vez ahora prefiera el color azul, pero durante la niñez los colores son todos favoritos, el arcoíris resulta magia ante los ojos de cualquier niño y nosotros no éramos la excepción.

Lo mismo sucedía -y sucede- con los juegos.

Si me animara a preguntar cuántos de nosotros, varones, recibimos una pelota de fútbol como obsequio cuando siquiera podíamos balbucear una sola palabra, o cuántas de ustedes, mujeres, recibieron muñecas o algún juguete relacionado al quehacer doméstico; podríamos revelar la agresividad con que el sistema espera que hagamos honor a aquel género que nos asignan.

La historia que queremos traerles a continuación implica un breve ejercicio de imaginación, imaginen: un niño que por primera vez a sus 5 o 6 años es llevado casi como un ritual a jugar por primera vez al fútbol.

La pelota comienza a rodar, el niño se encuentra en el banco de suplentes, pero de un momento a otro todos aplauden y el niño entra torpe y tiernamente hacia el centro de la cancha.

Lo que ocurrió a continuación tiene un lugar privilegiado entre las grandes historias de mi vida, porque pienso que no hace falta aclarar quien era ese niño,

“Según las leyes de la aerodinámica las abejas no están diseñadas para volar, lo bueno es que ellas no lo saben.”

y habiendo pasado unos cuantos años de terapia y de bullying, puedo revelarles con muchísimo orgullo, que fue más interesante la mata frondosa de flores silvestres que brotaban y que crecían cerca del arco rival.

Recogí con entusiasmo aquellas flores y corrí hacia mamá ante la risa cómplice e implacable de la tribuna, donde se hallaban también, los padres de los niños, que iban a complicarme bastante aquellos primeros años de escuela.

Pero como mencionaba antes, atesoro aquel recuerdo de niñez casi como en una cajita de cristal, porque enseguida hallé refugio en la sensibilidad femenina de algunas de mis compañeras, sobre todo de Anto, -juego, refugio, y poesía-, a quien paradójicamente le fascinaba el fútbol, pero quien tristemente al igual que yo, sufrió el desaire de no haber sido favorecida por la biología para jugar a este juego.

Por otro lado, y casi en el mismo tiempo, mi hermana, al igual que Anto, disfrutaba sin límites del juego con pelota ya que, para empezar, aún se trataba de un juego, y aunque no estuviese bien visto para los adultos, nuestros padres - guardianes absolutos de nuestros sueños- permitieron con mucho entusiasmo todo aquel interés por el deporte.

Porque a grandes rasgos se trataba de niños jugando, de niños descubriendo sus pasiones y sus vocaciones.

¿Qué querés ser cuando seas grande? Le preguntó la maestra a uno de mis compañeros de la escuela.

Y me quedé pensando en aquella promesa que los grandes suelen hacer a los más chicos, una promesa que se perpetúa y se perpetúa, y es la de comenzar a ser alguien, una vez pasáramos a la siguiente etapa.

Una vez fuésemos grandes.

Ahora no.

Ahora no, ahora solo debíamos esperar.

“Florar” (Acto III) – Compartirse, trascenderse, realizarse.

En esta penúltima parte, quiero hablar de los sueños y voy a tratar de ser honesta, porque aun cuando en ocasiones la adultez haga caer estos sueños en un precipicio, creo que son estos quienes nos salvan y creo que son estos quienes nos impulsan a caminar tras las utopías y causas que nos desvelan.

Contexto: Instituto Nacional de Rehabilitación – Unidad Femenina No 5 de Colón.

Esperábamos prontas para entrar en un lugar que desconocíamos y que pocas se atrevían a mencionar: Una cárcel.

Quienes estábamos ahí, pertenecemos a un proyecto de extensión e investigación Universitaria en el Instituto Superior de Educación Física, (UdelaR) sitio del que egresé en el 2021.

De más está decir (o tal vez no) que fue poco el rol de investigadoras que asumimos mientras aguardábamos afuera del INR; éramos estudiantes nerviosas, ansiosas y expectantes.

Al ingreso a la cárcel, todo marchaba con normalidad, a excepción de que ninguna de quienes ingresamos tomaba la iniciativa de pasar primero.

Era la primera vez de la mayoría en un sitio como este, y resultaba un poco silencioso y lleno de preguntas que nadie hacía antes de entrar.

Si bien no hubo grandes impresiones en cuanto al proceso de ingreso por parte de los efectivos, el primer contacto con las mujeres del penal resultó ser el mismo para ambas partes; ¿qué tan buen juego podría tener el equipo rival?, ¿serán muy buenas? ¿Hábiles? ¿Habrán entrenado más que nuestro equipo?

Seguramente sí, pero hasta ese entonces nadie lo sabía.

Recuerdo las miradas un poco vergonzosas y aisladas, recuerdo el frío del pasillo por cierto, interminable, vacío y silencioso. El eco y la cantidad de rejas.

Los ejercicios rompe-hielo siempre funcionan en la integración de las masas y esta vez tampoco fue la excepción, así que fue ahí donde aprendí varios nombres y compartí con ellas algunas palabras.

No podía parar de pensar en esas chicas, debo reconocer, me pasé gran parte del tiempo observando sus rostros y tratando de adivinar qué habrían hecho para estar ahí; qué cosa las llevó a estar en ese lugar de apariencia tan triste, tan solitario y casi en abandono, como la cancha en la que jugamos.

Pero eso no me preocupaba mucho, porque las pibas siempre tuvimos que arreglarnos con lo poco que nos daban nuestros clubes, así que en teoría estábamos pisando terreno conocido y “normal” para nuestro fútbol.

La parte que esperábamos todas, empezó.

La pelota rodó y no teníamos otra cosa en que pensar, hasta que los goles empezaron a llegar y cierta frustración apareció en nuestras rivales.

“Ramón” que minutos antes había intentado intimidarme con sus comentarios, sin éxito, intentó animar a sus compañeras con un comentario bastante particular: “Nosotras ya arrancamos perdiendo gurisas, estamos acá”.

Al principio me reí un poco por nervios igual que todas, aunque al cabo de unos pocos minutos pude dimensionar el drama de la frase que acababa de exclamar: todo tenía un fundamento bastante lógico.

Resulta serio cuestionarse si realmente algunos sectores comienzan perdiendo en la vida, o alguna vez todos estuvimos del lado de los que ganan.

Todavía sigo pensando si crecer en un entorno donde la mayoría “arrancó perdiendo”, conduce inevitablemente a perder; o si, de otro modo, romper con la costumbre nos hace circunstancialmente ganadores, perdedores en pausa.

“Ojalá nos encontremos, pero no acá” expresó entre risas una chica de pelo crespo y desarreglado, que me miraba con un leve brillo en los ojos, que me iba a costar mucho tiempo olvidar.

Y como mi cabeza es una máquina de imaginar situaciones, obviamente me imaginé por un rato ahí adentro, habiendo cometido vaya a saber uno qué delito; y me pensaba por un momento conviviendo entre las rejas y las botas.

Si bien, el equipo de ISEF era ampliamente superior técnicamente y demostraba un juego más sólido, valía la pena destacar el juego de quienes estaban aprendiendo; se notaba el esfuerzo, el entusiasmo, las ganas.

Había trabajo y había un orden.

Fallé en mis intentos de prestarle mis championes de fútbol a una de las chicas (la mas enojada por el resultado en el primer partido), que entre tanto enojo se explicaba y se decía por momentos entre susurros, y por momentos en tono más firme, que no paraba de resbalarse en el pasto; comprendía perfectamente lo que expresaba la chica: jugar de championes comunes, saber que no era lo mismo y aun así divertirse.

Yo había tenido suerte de que me prestaran championes durante toda mi vida futbolística, y recién a mis 20 años, luego de haber cobrado mi primer sueldo, pude comprarme un par.

Supongo que fue por eso que necesitaba prestarlos.

De algún modo creo que estaba devolviéndole el favor a mis amigos por todas las veces que me prestaron los suyos.

Llegado este punto, me resulta destacable comprender la importancia del fútbol practicado por mujeres; lo positivo que es para el desarrollo de nuestra personalidad, entre tanto sistema patriarcal y machista acechando.

Una vez vi por ahí, una entrevista donde Nelson Mandela le decía a no se quién: "El deporte puede crear esperanza donde antes sólo había desesperación".

Que no se terminen nunca las tardes de picadito y la humanidad que de ahí se desprende...

...que el sol acompañe como una pelota dorada, el juego y las ganas. Porque el resto, como todo, se construye.

“Morir” (Acto IV) – Transformarse, regresar a la tierra, efimerizarse.

Cuando tuve que escribir esta parte del cuento, pensé mucho en cómo hacerlo. En primer lugar, porque no quiero caer en lugares comunes - aunque seguramente no pueda evitarlo- y en segundo lugar porque el arte -según uno de mis maestros- ha abordado desde el comienzo, estos dos temas: “estoy enamorado” -el amor, la vida-, y “tengo miedo de morirme” -la muerte, el final del proceso, el olvido, el silencio absoluto-.

Permítanme un instante para compartir un recuerdo breve, apenas un pasaje que, aunque escueto, resuena con la profundidad de lo vivido. No profundizaré en este tema, ya que para ser honesto podría dar pie a lo que sería otra pieza, por la profundidad de sus desenlaces, sus matices y sus emociones.

Yo era muy chico cuando ocurrió lo que voy a contarles, pero pocas veces en este viaje se va a contrastar tanto la vida y la muerte como cuando yendo al jardín de infantes papá nos dijo que, a nuestra hermana, quien aún se hallaba en la panza de mamá, “se la habían llevado los angelitos”.

Fue así que lo dijo: “Se la llevaron los angelitos”, sin mucha emoción aparente.

Estoico.

Debe ser difícil para un padre comunicar la muerte de una hermana a niños de 3 o 4 años, y con toda seguridad no hay un “mejor momento” para hacerlo, así que aquello caló profundo.

Recuerdo con poca claridad esta historia; lo que sí recuerdo de forma clara fue la interrogante que iba a empezar a surgir aquella tarde.

¿Para qué hay que morir?, le pregunté a mi padre. No pienses en eso ahora, falta mucho, respondió él.

¿Falta mucho?, quedé pensando... y por primera vez percibí que había allí un misterio potente, que impedía a los adultos ser claros acerca de la naturaleza errante de este fenómeno.

¿Para qué hay que morirse? Y ¿Por qué no hay respuesta clara?

En aquel momento creí que era un asunto del que los adultos nos querían lejos, un asunto que los adultos reservaban para ellos, aunque sabemos que también los niños murieron a diario en todas partes del mundo.

Fue mucho tiempo después que las piezas fueron encajando en ese rompecabezas de comprender o de tener la ilusión de que uno comprende algo de lo que pasa.

Nacemos y morimos cada día creyendo que aún falta, que la inminencia de la muerte es un cuento, que la muerte se apiadará de nosotros si no estamos prontos cuando llegue.

La tarde de la muerte de mi hermanita fueron varios los familiares que -como un ritual- desfilaron por nuestra casa para acompañar aquel momento desolador y para contenernos.

La abuela Blanca, nuestra abuela paterna, quien estuvo todo el día con nosotros fue quien se fue por última.

“Qué lo tiró” dijo por lo bajito mientras esbozaba una mueca, “no somos nada”. Y se fue caminando despacito aquel día, entre el frío y la lluvia.

Peroratio:

Somos extraños seres que vivimos en un planeta, que forma parte de un sistema, que a su vez forma parte de una galaxia que atraviesa el espacio a 107,826 kilómetros por hora.

La última estrella se va a apagar dentro de 120 billones de años, dejando -literalmente- un universo de agujeros negros y silencio.

Las estrellas que permiten la vida como la conocemos, solo son el eco inmediato del Big Bang; un chisporroteo breve antes de que todo regrese a la oscuridad absoluta.

Supongo que por eso hay que morir, para habilitarle la llegada a los otros, que al igual que nosotros tratarán de develar la utopía del “para qué” de esta ventanita de conciencia que se abre en el universo.

Han pasado casi 14 mil millones de años, y sin embargo, esto es solo el comienzo, porque aún cuando llegue la oscuridad, el universo -del que formamos parte- simplemente volverá a comenzar.